
SILENCIO, EL SILENCIO

Fernando Palacios

Recordando a mis antiguos compañeros y oyentes de Radio 2, que me permitieron llevar a cabo dos programas especiales de Música sobre la marcha sobre este tema en 1989 y otro posterior de Sonido y oído en 1992.

Me gustaría hablarle en este comentario de una obsesión que me persigue sin cesar –bien visto, es de lo único que siempre hablamos todos, de nuestras obsesiones–. Desde hace no poco tiempo me entretengo, con un entusiasmo más voluble que constante, en almacenar información sobre cualquier asunto que se refiera al silencio. Todo lo que cae en mis manos, sin escrúpulo alguno, pasa a una carpeta especial de silencios: novela, poema, relato, ensayo, publicidad, cómic, música, pintura, dibujos, historias... todo me vale; solamente en algunos casos aislados dejo pasar silencios ante mí sin archivarlos, bien porque me vence la vaguería, bien por tenerlos repetidos o por imposibilidad instantánea de registrarlos. Hoy estoy decidido a ordenar un poco más mis ideas en este asunto y descubrirle, si usted así lo desea, algo tan íntimo como es mi carpeta de silencios. Si lo hago es porque estoy convencido de que reflexionar sobre el silencio es algo que nos conviene a todos, sobre todo si vivimos en un país tan ruidoso como éste –que, por ende, goza de una abstención casi completa hacia el silencio– y al mismo tiempo tenemos, por profesión y/o afición, un contacto apasionado con el mundo de la música.

I

“La palabra es del tiempo; el silencio de la eternidad” (M. Maeterlinck)

“¿No has oído la melodía que toca la Música Silenciosa?” (Kabir)

El silencio es una entidad tan inaprehensible y enigmática que siempre provoca en nosotros meditaciones paradójicas donde los términos se contradicen: si en unas ocasiones resulta ser **nada**, en otras lo es **todo**; es **principio** y es **fin**; aun-

que es un elemento que **rellena** los huecos, también **es rellenado** por los sonidos; por una parte nos es **vital**, y por otra lo **destrozamos**; es **imprescindible** a la vez que **inexistente**; tiene **peso** específico y **espesor**, pese a ser **ingrávido**; a veces **tranquiliza**, pero otras **tensa** el ambiente; los poetas tanto nos hablan de su **lenguaje** como de su **misterio**; según como se mire es **blanco**, **negro** o **incoloro**; se manifiesta en el espacio **exterior**, pero es nuestro **interior** quien lo reclama...

Verdaderamente, el silencio es muchas cosas a la vez. Su ambigüedad admite toda metáfora: se lleva muy bien con lo **diáfano**, el **infinito** -aunque es todo lo contrario: un infinitésimo inalcanzable- con las **ausencias**, los **agujeros**, la **profundidad**, la **inexistencia**, el **letargo**, lo **imaginario**... La infinidad de caras que nos presenta hacen de él un elemento difícil de catalogar, aunque fácil de percibir. De una manera quizá algo nebulosa podríamos decir que en él encontramos lo que a él llevamos, siempre que lo busquemos en esos escasos momentos en que se nos manifiesta.

Como un acercamiento a su definición, me permito mostrarle este sencillo acróstico que me regaló una alumna de un curso de verano en la ciudad italiana de Verona; su visión del silencio queda resumida así:

Sognare	Suono
Insieme	Immaginazione
Liete	Libera
Emozioni	Espressività
Nascondendo	Nascano
tristeZe	senZa
Immense	Indugio
Ottusità	Ovunque

Todos los sentidos tienen sus silencios, la ausencia de comunicación en alguno de ellos produce *Reinos de silencio*. En *El perfume* de Patrick Süskind asistimos a uno: "Recelaba de cada dirección, temeroso de descubrir un indicio oculto de olor humano, pero no fue así. Sólo encontró silencio, silencio olfativo, por así decirlo".

¿Tiene color el silencio? Habitualmente se suele relacionar con la oscuridad, con la noche, con el color negro: la noche es más silenciosa que el día; la luz es sonido, la oscuridad silencio. "Silencio en la noche, ya todo está en calma, el músculo duerme, la ambición descansa..." nos dice el tango *Silencio*, de Gardel y Le Pera. Pero también el silencio es blanco: un lienzo sin pigmento, una hoja de papel limpia, una partitura con los pentagramas vacíos...

Pero no sólo es superficie, también el silencio se intercala entre acontecimientos para separar y definir. Y, ¿por qué no transparente? Vicente Verdú ha llegado a definirlo como “una clase de transparencia, no tanto el reverso del ruido ni su ausencia como su desintegración molecular”, como “fluido en el que el ruido se ha transformado al extinguir sus más íntimos detritus”.

Desierto sonoro, superficie helada, espalda del sonido, la nada repleta de huecos, abismo cristalino, perforación del tiempo, resonancia apagada... siempre andamos con términos abstractos para acercarlo a nuestro lenguaje; sin embargo, una simple imagen de un pueblo abandonado, con casas semiderruidas invadidas por ortigas y campanas mudas, o de astronautas dando paseos por un espacio sin atmósfera, en un vacío donde se mueven pesadamente sin que sonido alguno se desprenda de ellos, nos expresan con claridad su gran misterio.

Un acercamiento a su imposible determinación, a su ambigua cara oculta de la música, nos llega de la mano de Kafka: “Las sirenas tienen un arma más terrible aún que el canto: su silencio. Aunque no ha sucedido, es quizás imaginable la posibilidad de que alguien se haya salvado de su canto, pero de su silencio ciertamente no”. Por su parte, Rafael Sánchez Ferlosio escribe en *Alfanbuí*: “Luego me explicó cómo era la flauta. Dijo que era al revés de las demás y que había que tocarla en medio de un gran estruendo, porque en lugar de ser, como en otras, el silencio, fondo y el sonido, tonada, en ésta el ruido hacía de fondo y el silencio daba la melodía. La tocaba en medio de las grandes tormentas, entre truenos y aguaceros, y salían de ella notas de silencio, finas y ligeras, como hilos de niebla”. No cabe duda, el silencio es **otra forma de la música**, la antinomia del ruido, el lugar desde donde nos habla no se sabe quién.

“El sonido más fuerte es el silencio” decía Lao Tsê: debe ser por eso por lo que su presencia nos sorprende incesantemente. Un silencio que suplanta a un ruido constante nos desconcierta, hasta el punto de despertarnos en los viajes, cuando el tren o el automóvil se paran. ¿No será una forma de ruido a la que no nos podemos acostumbrar? En el cuento *Luvina* de Juan Rulfo, una mujer se despierta sobresaltada con la sensación de que el peso del cielo aplasta contra la tierra todos los ruidos: es el *ruido del silencio*.

El colmo de estos contrasentidos se encuentra en los sonidos-silencios, es decir, en aquellos sonidos cuyas frecuencias –por agudas, graves, suaves o por otras razones– no son percibidos por nuestro limitado oído: siempre me ha resultado sorprendente saber que, mientras disfrutamos de un buen silencio, estamos atravesados por millones de sonidos que los humanos no percibimos, pero que son detectados por otros seres menos complejos, aunque *con más oído*.

II

“Frente al mundo sonoro / el silencio del alma” (M. Altolaquirre)

En un reportaje sobre Luxemburgo, un perplejo periodista español (acostumbrado, como la mayoría de nosotros, al griterío y ruido perpetuo de nuestro país) escribe impresionado: “Luxemburgo es una de las capitales con el silencio más puro. Se pasea por las vías peatonales y los peatones parecen operados de garganta, no hablan o, a lo más, musitan como si fueran monjes”. Lo mismo podría haber dicho de otros lugares, como Sri Lanka o algunas tribus africanas, cuyos habitantes viven en un sigilo tan grande que hablan en susurros. Esto es difícil que ocurra en una sociedad como la española que propende vertiginosamente al “horror vacui”, a rellenar todos los huecos de silencio con argamasa ruidosa, a rodearse de sonidos y de música ambiental que arrope la “violencia” del silencio o tape la tirantez de una conversación forzosa. La revista *QUO* (española tenía que ser) anuncia uno de sus últimos números con la pregunta *¿Qué es más molesto, el ruido de un bar o el silencio absoluto?* Compró la revista y me encuentro con que el susodicho artículo se encabeza con un titular que tengo que leer varias veces para dar crédito a mis ojos: “El silencio también crea tensiones. RUIDO, por favor”. Amparándose en supuestas opiniones de psicólogos -quienes no tienen por que ser menos “sordos” que buena parte de la población- viene a decir que es lógico que un bar sin ruido nos produzca rechazo, que el acompañamiento del murmullo de una simple fuente puede ser perjudicial y que el Paseo de la Castellana sin ruido de coches no es agradable. ¡Increíble, pero cierto!

El ruido acalla el silencio; sin embargo, el silencio no puede hacer lo propio con el ruido, de ahí que sea tan necesario que uno y otro se cedan el paso, que ninguno de los dos machaque al otro, que, en fin, equilibren sus contenidos. En diferentes lugares que he visitado he podido leer carteles con estas indicaciones: *Escucha, Dios habla en el silencio, Se ruega a los turistas guardar silencio*; oigo decir multitud de veces: “*si vas a Santander no te quedas en el ‘Hotel X’, los ruidos no te dejarán pegar ojo...*”, “*a este hotel le bajo dos estrellas por no tener ventanas aislantes*”; los hospitales ruegan tranquilidad en sus alrededores con señales de *Silencio, por favor*: no me cabe duda de que el silencio es curativo.

El escritor británico Arthur Clarke, bien concienciado frente a este penoso futuro que nos espera, escribió un precioso cuento, titulado *Silencio, por favor*, en el que cuenta la historia de un joven científico que inventa una máquina, a la que llama *Silenciador Fenton*, capaz de anular los ruidos de su alrededor y dejar todo en puro silencio. El joven Fenton lleva su máquina a la ópera y la enchufa a una odiada soprano en el momento en que entona su

aria; de repente, se produce un increíble silencio, nadie oye a la cantante que, roja de esfuerzo, abre la boca con denuedo... el público no entiende lo que pasa; al final todo termina con la explosión de la máquina, saturada por tan desusada energía, y la muerte de su inventor. Es una lástima que esto ocurriera, porque seguimos sin tener una máquina que imponga el silencio, con lo bien que nos vendría para enchufársela a ciertos motoristas salvajes, o a algunos gritones locutores deportivos. Este deseo me viene seguramente por padecer –como les pasa a otras personas– el mismo síndrome que el de los personajes de *El hundimiento de la casa Usber* de E.A. Poe: hipersensibilidad al sonido.

Una empresa de ingeniería acústica se anuncia así: *“Acieroid, fabricamos silencio”*. Por ahora, los únicos silencios disponibles en el mercado son los materiales aislantes del ruido para habitaciones y casas. Lo sofisticado y carísimo de estos sistemas de aislamiento acústico me hace reflexionar sobre la siguiente cuestión: para conseguir oscuridad con bajar las persianas basta; para aislarse del frío, calefacción; del calor, aire acondicionado; para evitar olores, se cierran puertas y ventanas;... pero para aislarse del ruido de la calle o de los vecinos, o se marcha uno a vivir al campo (siempre que no haya vecinos con perros ladrones), o se gasta millones en una obra extraordinaria en su casa. No cabe duda, conseguir silencio cuesta oro. Por de pronto, una fábrica de aire acondicionado se anuncia así: *“En Roca hay algo que tenemos como ley: para el verdadero confort, el silencio es básico”*, y Grundig concreta en su publicidad: *“La más alta tecnología del sonido en Alta Fidelidad sólo se puede demostrar de una manera: con el silencio. Porque sólo cuando se puede reproducir con absoluta perfección el silencio, se está en condiciones de reproducir con absoluta fidelidad el sonido”*. Efectivamente, un cierto tipo de silencio se compra como cualquier otro artículo –por cierto, el secador de pelo (Philips) y un calefactor de mi casa (Braun) tienen el mismo nombre, *Silencio*, lo cual no les impide a ambos meter un ruido considerable–, como el que tanto adora Keith Richards (Rolling Stones), quien parte de la base de que “el lienzo es el silencio y lo que yo hago es, como músico, fastidiar ese silencio de alrededor”.

Nuestra encrespada y arrogante civilización ha dejado de dialogar con el silencio, ya sólo goza desenfrenadamente con el ruido descontrolado: coches, aparatos eléctricos, alarmas, sirenas... la gran capacidad que tenemos los humanos para hacer ruido se ha convertido en conjura contra el silencio; por eso cada vez es más valioso, cuesta más esfuerzo conquistarlo y conservarlo –las iglesias y bibliotecas no son sino museos donde se recluye–. Ninguno de nuestros responsables en el poder considera el silencio una cualidad, o si lo considera no hace demasiado por que se respete; esto determina un proceso que, por una extraña ley mimética, conduce a educar a los jóvenes en el horror al silencio. De seguir así, no nos debe extrañar que llegue un día en que, como el arbolito vallado de la película de ciencia-ficción

Cuando el destino nos alcance, un solitario silencio se venera cual reliquia de tiempos pasados. Entre este estruendo eterno en el que vivimos sí que se puede decir más que nunca que el silencio es oro.

III

“Sobre el paisaje desnudo / el silencio se abre como una página” (P. Garfias)

El silencio tiene la graciosa facultad de poder ocupar los espacios, como el aire o el agua; si decimos, *un silencio profundo llenaba la casa*, es porque todos los rincones estaban llenos de silencio, esto es, no había sido desocupado por el sonido. Lo mismo pasa en las profundidades marinas: todo lo rellena el agua, todo lo rellena el silencio, los peces no gritan... quizás sea por eso por lo que da tanta tranquilidad ver un acuario (la colaboración del cineasta Louis Malle con Jacques Cousteau se plasmó en un famoso y galardonado documental sobre el mundo submarino que no en vano se tituló *El mundo del silencio*).

El silencio suele elegir lugares recónditos para asentarse: unas veces es un riachuelo de Costa Rica (río *Silencio*), otras una costa de Oriente (la *Costa del Silencio*)... Cuando alguien descubre uno de estos lugares lo bautiza con el nombre de este extraño envoltorio que se rompe al menor descuido. En la provincia de León hay una comarca que se llama *Valle del Silencio*: apartado de la febril actividad industrial de El Bierzo, fue lugar elegido como retiro desde el siglo VII por eremitas visigodos; seguro que le gustaría a usted pasarse por la cueva de San Genaro y oír sus pasos con nitidez.

En otros valles similares, huyendo del mundanal ruido, suelen ubicarse los monasterios, cuyos claustros rebosan ambiente silencioso sólo ocupado por ruido de fuentes y pájaros; ahora bien, para encontrar mayor “alta fidelidad” habrá que buscar en el interior de las pequeñas capillas. *Callar y obrar* reza en un cuadro donde San Juan de la Cruz aparece con el famoso gesto del dedo en la boca. Precisamente fue un monje, San Bruno, el que fundó en el siglo XI la orden monástica de los cartujos, quienes guardan una estricta observancia de la ley del silencio: -de ahí que muchos hayan dado a este ilustre santo el título honorífico de *Inventor del Silencio*.

El acorde primordial de la naturaleza, el que más sobrecoge y emociona es su silencio. Antonio Gala se trajo este poso de silencio de la isla de La Palma:

“Había un silencio corpóreo; no una ausencia de sonidos, sino una contundente presencia de lo contrario. Después de un rato, casi amortajado en ese silencio y esa soledad afirmativa y táctil, me sorprendió un rumor: un moscardón revoloteaba junto a mi oreja derecha”.

Leyendo esto recuerdo cómo era, en mi pequeño pueblo, la hermosura del silencio en las tardes de verano a la hora de la siesta, sólo roto por el desvencijado carro de los helados que se adivinaba en la lejanía. También recuerdo que alguna vez me contaron que “la hora azul” es ese momento del día en el que los pájaros ya han callado y los grillos todavía no se han despertado: es un momento en que, en plena naturaleza, reina el silencio.

Algo más inquietante es lo que describe Giorgio de Chirico, uno de los grandes pintores del silencio:

“También es preciso que desconfiéis de esos silencios de la naturaleza cuando los mil y un sonidos que resuenan en medio de los campos, de los bosques, de los valles y de los arsenales, enmudecen de repente al sentir vagamente que allá abajo, en algún lado, detrás de los horizontes lejanos, en las profundidades de los cielos, tras las altas montañas, la tempestad y la tormenta se forman lentamente para lanzarse después con el estruendo del trueno y el lívido estallido de los relámpagos. Todos conocemos esos momentos tan emocionantes y dramáticos”.

En *Pedro Páramo*, de Juan Rulfo, asistimos a sobrecogedoras escenas de desolados vacíos sonoros: “... si yo escuchaba solamente el silencio, era porque aún no estaba acostumbrado al silencio; tal vez porque mi cabeza venía llena de ruidos y de voces”.

En este tipo de silencios sí que podemos engrasar los oídos y escuchar hasta los más pequeños sonidos. Pero aquí nos vuelve a traicionar su ambigüedad, pues no siempre queremos oír todo lo que suena. Hace poco me decía un buen amigo: “no se sabe que es peor, si un murmullo constante al que te acostumbras, o un silencio aterrador en el que se oiga con toda claridad lo que menos quieres escuchar”. Una vez más, el silencio nos muestra su espíritu de contradicción.

IV

*“Daba el reloj las doce... y eran doce / golpes de azada en tierra...
... ¡Mi hora! -grité-... El silencio / me respondió: No temas;
tú no verás caer la última gota / que en la clepsidra tiembla”.*

(A. Machado)

El silencio es manantial y crisol de todos los sonidos. Hay casas discográficas cuyo lema es: “*ECM, el sonido más bello después del silencio*”, “*Windham Hill, el sonido de una gota de agua*”. La más hermosa de las músicas, el más bello de los sonidos: ésta es una apreciación en la que convergen los poetas. Amado Nervo decía: “Sólo hay tres cosas dignas de romper el silencio: la poesía, la música y el amor”.

En un artículo periodístico de hace cinco años, que llevaba por título *Voto de silencio*, Antonio Muñoz Molina nos habla de la belleza de la intimidad silenciosa:

“Conozco aventureros que no viajan para descubrir paisajes que no hayan visto nunca sus ojos, sino variedades más puras de silencio. Un amigo aficionado a la vela me cuenta que sólo cuando se ha alejado a cuatro millas del puerto deja de oír el tráfico de la ciudad donde vive y de la carretera de la costa. Hablo con un espeleólogo y lo primero que le pregunto es qué se oye en una gruta a doscientos metros bajo tierra: caudales súbitos y ocultos de agua, me cuenta, gotas de agua solitarias y aritméticas que llevan milenios culminando una estalactita, silencio, el silencio más denso que ha podido percibir un oído humano, un silencio arcaico, fósil, aterrador algunas veces, que otorga una categoría de riada y de escándalo al flujo de la sangre en las sienas cuando el explorador ha apagado su lámpara y se queda quieto y cobijado en su saco de dormir y ya no sabe si en el mundo exterior es de día o de noche ni recuerda otros sonidos de los de sus pasos y su respiración”.

El silencio es también la materia con la que se construyen los acechos, es en el silencio expectante donde se escudriña el espacio y se adivinan los mensajes. Desde niño tengo grabadas en mi mente escenas de infinidad de películas de submarinos donde absortos y sudorosos soldados, con las pupilas dilatadas, guardan silencios espeluznantes ante la proximidad de un barco enemigo. Vuelve nuevamente Kafka para contarnos detalladamente esta característica en su insólita narración titulada *La Construcción*, donde un topo cuenta las virtudes silenciosas de su topera, gracias a las cuales advierte todo tipo de ruidos:

“Pero lo mejor de mi construcción es su silencio. Por cierto, es engañoso; repentinamente puede interrumpirse. Todo habría terminado. Pero por el momento todavía existe. Durante horas puedo deslizarme por mis galerías sin oír más que el rumor de alguna bestezuela que inmediatamente reduzco a silencio entre mis dientes; o el crujir de la tierra que me denuncia la necesidad de alguna reparación. Salvo esto, el silencio es absoluto”.

El silencio es el gran aliado de la noche, el cómplice perfecto a la hora de acechar tras una puerta, espiar por una rendija, esperar en la oscuridad... La literatura negra norteamericana impulsó enormemente el valor del silencio y de la escucha atenta dentro de la acción sordida de los bajos fondos, hasta el punto de llegar a ser auténticos protagonistas. En todos estos relatos aparecen policías, detectives, asesinos, perseguidos... con los cinco sentidos en estado de alerta y la vida pendiente de un hilo que es guiado por los avisos que llegan en el silencio. Veamos algunos de estos ejemplos:

Raymond Chandler hace siempre un especial hincapié en el silencio como base de la intriga; sus descripciones son una joya:

“Volví al garaje y llamé a la puerta de madera con el cabo de la linterna. Hubo un momento de silencio, pesado como el trueno”. “Me bajé del taburete y caminé hacia la puerta en un silencio que era como una tonelada de carbón cayendo por una tolva”. “Cerré el contacto, puse luces de posición y escuché atento. Nada. Apagué los faros del todo y salí del coche. Los grillos habían enmudecido. Durante breves instantes hubo un silencio tan absoluto que me permitía distinguir la velocidad de los neumáticos en la autopista costera, a un kilómetro y medio de distancia”. “Me puse a escuchar mi propio aliento. Era tanto el silencio de la habitación que podía oír cómo me entraba el aire por la nariz, con un rumor parecido al de cortinas corridas”.

Dashiell Hammett coloca el silencio en medio de la acción para que los sonidos, portadores de información, sean oídos con toda claridad por el lector:

“Un momento de silencio, el chirrido de una silla sobre el suelo... Luego otra vez el silencio y un débil crujido como el de un cuerpo que se arrastrara pegado a la pared empapelada”. “Estuve escuchando a la puerta de Gabrielle durante unos minutos, pero no oí nada... me acerqué de puntillas a escuchar un par de veces. La primera no oí nada; la otra oí unos roces débiles que no me dijeron nada”.

En la misma línea trabaja Chester Himes, insistiendo todavía más, queriendo indicarnos con su detalle la importancia que le concede:

“Utilizó la llave de Eva y desechó el cerrojo en silencio. Giró el pomo con la izquierda sin hacer ruido. Así girado, cogió la pistola con silenciador... cerró la puerta con igual velocidad y tan silenciosamente como la había abierto. Estaba oscuro como la boca del lobo y se puso a escuchar conteniendo la respiración. No oyó absolutamente nada”.

De entre los muchísimos silencios de este estilo literario, permítame finalmente que le muestre estos cuatro maravillosos de David Goodis:

“Mientras tanto Hart percibió el silencio de la sala, que era la esencia de algo más pesado que el silencio”. “Laurence sintió la losa del silencio, como si la falta de sonidos fuese más pesada que cualquier ruido, algo que pudiera percibir con las manos”. “Lo segundo fue la gran banda elástica de silencio que se extendió y se extendió hasta que resonó el siguiente disparo”. “Tras bajar el cristal escuchó atentamente, pero el aire nocturno no transmitía ningún sonido. Absorbió el silencio, disfrutándolo”.

V

“Muerte, di ¿y qué eres tú, sino silencio, calma y sombra?” (J. R. Jiménez)

Miro diccionarios y enciclopedias y compruebo que, además de una buena serie de definiciones sobre aparatos silenciadores, hay muchos silencios clasificados en apartados distintos: administrativos, religiosos, sepulcrales, perpetuos... También reseñan que el silencio se guarda, se impone, se sufre, se padece... y ello, no sé por qué, me pone los pelos de punta -bueno, sí sé por qué: el maestro mirando la lista de alumnos para sacarnos a uno a la pizarra, después, con la regla en la mano, paseándose por la clase mientras nadie delata a un compañero que ha hecho una barrabasada... me angustia simplemente recordarlo.

Es cierto que el silencio se guarda igual que se guarda un tesoro, pero el hecho de ponerle un candado a la palabra para que no escape puede ser tan sincero como perverso. No pocas veces he escuchado y leído: “yo soy un profesional que vive en gran parte de sus silencios”, “silencio sobre las nuevas subvenciones” o “tiene derecho a guardar silencio”. Este afán secretista de ocultar clandestinamente tratos importantes ha otorgado la titulación de “Silenciario” a las personas encargadas de negociaciones secretas. ¿Se imaginan cuántas cosas funcionarían de otra manera si hubiera menos secretos? Daniel Pennac, en su libro *Como una novela*, nos indica que “el mundo entero está en lo que decimos... y enteramente iluminado por lo que callamos”.

Los silencios del poder estructuran la forma de vida de los ciudadanos; hay algo en toda forma de prepotencia que conecta con el silencio: censurar es silenciar, amedrentar... el poder solitario, la tiranía, la dictadura, imponen el silencio del miedo, es “el reflejo del polo negativo del silencio”, en palabras de María Zambrano. La mayoría de los silencios literarios se mueven en esta dirección, en la de fabular o denunciar situaciones donde el silencio es el arma opresora. Shostakovich comenta en sus memorias que después de que el pueblo ruso leyó el poema denuncia *Babi Yar* de Yevtushenko -incluido en su *Sinfonía n.º 13*- dejó de estar callado: “el silencio fue roto, el arte destruye el silencio”.

¿Sabía usted que el album de The Rolling Stones *Dedos pringosos* tiene treinta segundos de silencio en una de sus piezas a causa de la censura? Sólo ese silencio autoritario es contagioso, acostumbra a la gente a callar las mismas cosas y a adivinar retorcidos mensajes en los silencios de los demás. Un componente del grupo español de rock “Héroes del silencio” me explicó el origen de su nombre: tras cinco años de anonimato consiguieron romper el silencio impuesto por las poderosas casas discográficas. Contra este silencio impuesto cantaba Atahualpa Yupanqui: “Le tengo rabia al silencio por lo mucho que perdí. Que no se quede

callado quien quiera vivir feliz”.

El silencio también desinforma, provoca ansiedad, suspicacia... es producto de auto-marginaciones, frustraciones, desengaños. Hay silencios malditos y encrespados en muchas situaciones que nos acechan y persiguen: opresores en la soledad no deseada, angustiados ante unas manos vacías, provocadores y pretendidamente violentos que asolan todo a su paso. Poe nos cuenta en una breve y estremecedora fábula llamada *Silencio* cómo, en una región de Libia, la maldición del silencio anunciada por el mismísimo diablo no deja “ni la menor sombra de sonido en todo el vasto desierto ilimitado”.

Si bien es cierto que hay una íntima relación entre la muerte y el silencio –sin ir más lejos, la secta de los parsis (India) expone sus cadáveres en lo alto de unas plataformas circulares que llaman *torres del silencio*, similares a las que poblaban los escondidos cementerios de ciertas tribus indias, quienes pagaban con la muerte a los vaqueros que se atrevían a profanar su silencio–, no debemos pensar que el silencio siempre es su sinónimo: si bien la muerte lo contiene, el silencio es un término más amplio. Tal y como nos relacionamos en estos tiempos con el sonido, más acertado sería relacionar al silencio con la vida y al ruido con la muerte; a ese silencio de sepulcro antepongo y proclamo el que una niña de Salerno recitaba en la televisión: “Non è vero che il silenzio è una cosa morta. E’ vita! Il silenzio è vita. Lo senti?”. Este otro silencio vivo, lamentablemente mucho menos contagioso que otros, es el de la atención, contemplación y reflexión ante los acontecimientos. La palabrería vacua nos hace añorar ese silencio de los sabios, el silencio interior de la introspección que nos dicta la verdad y que hemos visto citado en infinidad de proverbios: “Cuando hables, procura que tus palabras sean mejores que el silencio” (popular de la India); “Bienaventurados los que no hablan, porque ellos se entienden” (Larra); “Bendito sea el hombre que, no teniendo nada que decir, se abstiene de demostrárnoslo con sus palabras” (T. S. Eliot); “Un resonar de la palabra auténtica sólo puede brotar del silencio” (Heidegger); “No reconocer los errores es la forma más infame de callar” (P. Zarraluki).

VI

*“A veces hay silencios / lejanos que nos hablan
desde su lejanía / mejor que las palabras”*

(J. Bergamín)

Un instrumento olvidado, una mesa puesta sin nadie a su alrededor, una persona ante un espejo, una mirada de boca apretada, una figura, las calles desiertas de una ciudad en la noche... el silencio es la percepción de la quietud, de la inmovilidad. Dado que todas las cosas

forzosamente hacen ruido al moverse, pues entran en vibración y la vibración es sonido, basta con esperar la inmovilidad para ver dibujarse la silueta del silencio. Es tan íntima la relación entre ambos que uno de los recursos didácticos más extendidos en educación musical consiste en moverse con el sonido y pararse en las interrupciones, quedarse como estatuas de sal, con el movimiento congelado. En una visita a casa del matrimonio Curie, Cartier-Bresson disparó su cámara sin saludar en el momento en el que le abrieron la puerta: en la oscuridad de la casa destacan suavemente los dos cuerpos quietos vestidos de negro, con las manos cruzadas, las bocas cerradas y unas miradas como de no estar allí... es una fotografía del silencio.

Si tenemos la suerte de hacer una visita en solitario a un museo podemos acceder a un contacto directo con el severo silencio que cubre cuadros, figuras y objetos; el eco de unos pasos o el bisbiseo de una conversación en voz baja se suman al encantamiento del instante ante la obra de arte. El dibujo, la pintura, la fotografía, la escultura... son artes dirigidas a la vista y no al oído, por eso tienen con nosotros una comunicación silenciosa; aunque en una obra haya un mar embravecido o una batalla, nosotros no oímos su sonido. Sin embargo, nos lo podemos imaginar perfectamente. El silencio de la plástica nos proporciona un sonido figurado implícito en la obra, ya que es nuestro interior quien oye: ¿Ha comprobado el rugido de *La balsa de la medusa* de Géricault? ¿Qué impacto sonoro le produce *El grito* de Edvard Munch, o las pinturas negras de Goya? El silencio de estos lienzos clama a gritos. Justamente al revés le ocurre a ciertas canciones y arias de ópera: nos gritan el silencio; por ejemplo, la solista de *Lucia de Lammermoor* (Donizetti) canta *Regnaba del silenzio* con la poco silenciosa voz de soprano lírica.

Por el contrario, hay pintores que buscan transmitirnos con sus pinceles sensaciones profundas de silencio. Sin ánimo de pecar de obviedad, creo que podríamos efectuar una rápida travesía pictórica del silencio tomando como punto de partida las representaciones de la Piedad y los retratos silentes del renacimiento italiano y de la escuela flamenca; seguir por las *Vanitas* y bodegones barrocos o los monjes místicos de Zurbarán; pasar por los personajes de espaldas ante frías naturalezas de Friedrich o por las arqueologías de Piranesi y Alma Tadema; continuar por las naturalezas muertas de Cézanne y las crueles soledades de Francis Bacon y Lucien Freud; y, finalmente, desembocar en las arquitecturas desnudas que se pierden en el horizonte, los dibujos nítidos de estatuas y maniqués con sombras alargadas en vacíos de luz uniforme y lejana de Giorgio de Chirico, cuyos cuadros metafísicos están envueltos en una atmósfera de soledad, silencio y quietud que les confiere un aspecto enigmático.

En nuestro siglo, todas las ramas del arte han pasado en uno u otro momento por la experiencia del vacío: cuadros en blanco, paredes lisas, teatro sin palabras, bailarines quietos,

músicas de silencio, poesías con el silencio omnipresente... No es posible entender a Samuel Beckett si no se conoce el silencio en profundidad, y viceversa, Beckett se ha pasado toda su vida explicándonos el silencio, barriendo la literatura hacia el vacío; después de él, el silencio no ha podido ser lo mismo. Juan Cruz, ante la publicación de su último libro (*Stirrings still*) en 1989, escribió el siguiente comentario: “en *El Innombrable*, su obra emblemática, traza el esquema del silencio como la única palabra posible para huir (...) el silencio poblado de palabras que parecen latigazos...”

En el cine, como en la novela, hay multitud de títulos con el silencio como protagonista: *La ley del silencio* (no delatar), *Tiempo de silencio* (el poder totalitario), *Los gritos del silencio* (la guerra), *El silencio de los corderos* (el terror)... lo cual no quiere decir que éstas sean películas donde el silencio físico se manifieste; no, suele escasear bastante. El cine sonoro también puede ser elocuente cuando no suena; al igual que el mimo, el cine mudo o el cómic, no necesita siempre de la palabra para expresarse. El crítico de cine Angel Fernández-Santos publicó un pequeño artículo hace siete años que decía:

“El silencio es una parte, y una parte esencial, de la sonoridad del cine. Suena a paradoja pero no lo es: hay filmes silenciosos llenos de sonidos y filmes sonoros llenos de silencios (...) los agrios estruendos que de tiempo en tiempo atraviesan la banda sonora de *El Silencio* de Bergman sostienen su audaz orden musical apoyados en los densos, casi impenetrables silencios que llenan sus pausas”.

En cualquier caso, resulta bastante contradictorio que muchos directores, ante el aturdimiento que les produce la seducción del silencio, aprovechen para inundar de banda sonora -a veces fundamental, a veces pringosa- las mejores escenas silenciosas: el recorrido cadencioso que hace Jean Simmons por su casa solitaria antes de suicidarse (*Angel face*), la última imagen de Glenn Close desmaquillándose después de haber sido descubiertas sus maquinaciones (*Las amistades peligrosas*), la actitud serena del mono zambullido en las aguas termales del Himalaya (*Baraka*)... serían seguramente más expresivas sin sonido alguno. Los libros, sin embargo, nunca presentan este problema, son silenciosos, oímos el paso crujiente de sus hojas, nos aíslan del mundo abriendo un espacio sonoro interior paralelo. Ese es el espacio sonoro de Faulkner cuando explica de dónde nace su escritura: “La imagen producida por las palabras ocurre en silencio. Es decir, el trueno y la música de la prosa tiene lugar en silencio”.

VII

"Pero el silencio nunca se acostumbra a ser silencio siempre" (J. García Nieto)

*"Y calló todo. Mas hasta en el silencio
nació un nuevo comienzo, seña y transformación"*

(R. M. Rilke)

En realidad el silencio está relleno de sonidos, el silencio absoluto no existe, nadie lo ha escuchado jamás. Haga la prueba: colóquese en cualquier lugar y escuche... pruebe a cerrar los ojos para que no se le vaya la información por los ojos... oírás cosas, seguro que oírás algo. Puede incluso hacer la prueba de identificar todos los sonidos *silenciosos* que escuche... El silencio es algo muy difícil de conseguir, siempre hay algún ruido dispuesto a herirlo, es una aspiración constante y frustrada dado que el ruido se puede reducir, mas no destruir. Esto nos descubre que el silencio no sólo tiene longitud, sino también grosor y densidad, como cualquier objeto. Recuerdo la gran impresión que me produjeron los primeros silencios artificiales de los discos compactos: acostumbrado a los discos de vinilo, cuyos silencios entre corte y corte se apreciaban fácilmente por su intenso murmullo, los silencios digitales me producían una especie de ingravidez, un vacío vertiginoso enormemente irreal, como si me substrajeran algo de la habitación; ahora, después de haber estado muchas horas acostumbrándome a estos silencios huecos, los de los discos negros me parecen atronadores.

Hay lugares donde se procura conseguir el mayor silencio artificial posible: los estudios de grabación, de radio y televisión, ... en estos sitios la más mínima perturbación sonora va en detrimento de su calidad. Dentro de los estudios hay una luz roja que cuando se enciende quiere decir *Silencio, estamos en el aire*; también cuando se está rodando una película se colocan carteles de *Silencio, se rueda*; si en ese momento alguien quiere entrar lo tendrá que hacer como un sigiloso gato. De todos modos, los lugares "profesionalmente" más silenciosos que seguramente existirán son las cámaras anecoicas, es decir, las salas de silencio que se utilizan para probar sofisticados aparatos. Yo conozco la que hay en el Instituto de Acústica del Consejo Superior de Investigaciones Científicas de Madrid. Para conseguir una sala de estas características, o sea, aislada por completo del ruido, necesitaron revestirla de muros de dos metros de grosor del más compacto hormigón. Para entrar es necesario atravesar varias puertas que se cierran tan herméticamente como las de los submarinos; se camina sobre una red metálica que evita reflexiones sonoras; las paredes, el techo y el suelo están recubiertos de una especie de esponja que absorbe cualquier ruido fortuito que se produzca a su alrededor.

Este es el momento de que le cuente una de las más famosas anécdotas referentes al silencio: hace unos cuarenta años entró en una de estas cámaras el compositor americano John Cage; cuando llevaba un buen rato en aquella habitación, en la que esperaba no oír nada, empezó a escuchar dos sonidos distintos, uno más agudo que otro; al salir le dijo al ingeniero que la cámara estaba mal construida, a lo cual el técnico le pidió que le describiera los sonidos: la descripción del más alto correspondía al sonido de su sistema nervioso en funcionamiento, y el más bajo a la sangre circulando por las venas. Así descubrió Cage que el silencio absoluto no existe. Siempre hay algo que suena, empezando por nosotros, que sonamos mientras vivimos -en este sentido, el único silencio posible es la muerte-. Un tiempo después de esta experiencia, Cage escribió un libro que tituló *Silencio* y compuso una obra musical, hoy día muy famosa, que acabó llamando 4' 33". Esta pieza consiste simplemente en cuatro minutos treinta y tres segundos de silencio, es decir, quienes la interpreten deben estar durante ese tiempo en silencio; es, por consiguiente, una obra más difícil para el público que para los ejecutantes. Con ella Cage liberó el silencio de su corsé y lo dio a saborear sin aditivos ni conservantes, nos puso delante de nuestras narices la música inalcanzable del mundo.

Octavio Paz dedicó a este Cage, filósofo del silencio, un precioso poema del que entresaco algunos versos:

“La música inventa al silencio, la arquitectura inventa al espacio. Fábricas de aire. El silencio es el espacio de la música: un espacio inextenso: no hay silencio salvo en la mente.

El silencio es una idea, la idea fija de la música.

La música no es una idea: es movimiento, sonidos caminando sobre el silencio.

Silencio es música, música no es silencio (.../...).

Música no es silencio: no es decir lo que dice el silencio, es decir lo que no dice.

Silencio no tiene sentido, sentido no tiene silencio (.../...).

La nieve no es sol, la música no es silencio, el sol es nieve, el silencio es música”.

Por el contrario, Luis de Pablo, en una entrevista realizada en *El Día de Baleares*, refuta tajantemente la posición de Cage ante la música con estas palabras: “La teoría de Cage del silencio es una teoría, pero ¿qué puede sacarse del silencio desde el punto de vista musical?, ¿cómo organizar el silencio? Si usted no lo organiza, ya lo hará el tráfico o el vecino con sus pucheros. Si usted se inhibe, ya lo hará otro por usted”.

Otra acción dirigida en el mismo sentido de Cage es reseñada por Ramón Barce en su libro *Fronteras de la música*:

“El compositor y musicólogo György Ligeti, invitado a dar una conferencia sobre ‘El futuro de la música’, se sentó en su mesa de conferenciante y se mantuvo en silencio durante

los ocho minutos que duró su actuación. Las reacciones del público, progresivamente ruidosas (hasta que, entre gritos e insultos, el conferenciante fue expulsado violentamente de la sala), constituyen, para Ligeti, una creación sonora, es decir, una obra musical realizada íntegramente por el público. En estas condiciones, los ruidos producidos -murmullos, risas, pateos, gritos, silbidos- han de dar forzosamente como resultado una música concreta de carácter descriptivo...”.

Ligeti se fue muy satisfecho.

Las acciones desde ZAJ de Juan Hidalgo, otro descendiente de Cage y gran navegante del silencio, marcan un punto de partida donde el silencio se revela como una *música purificadora*. También Yoko Ono, la famosa artista japonesa *fluxus*, tiene varios espectáculos que se basan en el silencio y las tensiones que produce. Uno de ellos se titula *Pieza de bicicleta para orquesta*: en él, cien actores pedalean silenciosamente sobre bicicletas mudas. Otro, llamado *Despertador*, consiste en esperar en silencio a que suene la alarma de un despertador instalado en el centro del escenario.

En este mismo sentido habría que reseñar toda una serie de *happenings* y *performances* que parten del mismo punto de sorpresa ante el silencio: el *Cuarteto de cuerda* de George Brecht se queda tan sólo en el saludo de los miembros del cuarteto; en *Una para violín solo* de Nam June Paik, el violinista levanta en silencio y con mucho esfuerzo su violín por el mango, y en el momento culminante lo estrella con todas sus fuerzas contra una mesa. Sin duda, la tensión conseguida con estas obras, si los interpretes-actores tienen suficiente sangre fría, es muy grande; tanto o más que la de los puntos culminantes de las grandes sinfonías románticas, sólo que son tensiones de rangos muy distintos.

VIII

*“Así como del fondo de la música brota una nota
que mientras vibra crece y se adelgaza
hasta que en otra música enmudece,
brota del fondo del silencio otro silencio (.../...)
desembocamos al silencio
en donde los silencios enmudecen.”*

(Octavio Paz)

Henrich Böll, en uno de sus cuentos, nos presenta al doctor Murke, un coleccionista impenitente de silencios que trabaja en una emisora de radio, lo cual le permite ampliar su extraña colección de manera decisiva:

“Cuando tengo que cortar trozos de las cintas, donde los oradores han hecho una pausa –también suspiros, inspiraciones o silencios absolutos–, no los tiro al cesto de los papeles; me los guardo (.../...). Los uno, y me paso la cinta en casa por la noche. No es mucho; todavía no tengo más que tres minutos, pero es que la gente calla poco”.

Como ya he comentado al principio, reconozco ser una de esas personas que colecciona silencios, pero, a diferencia del doctor, la mayoría de los míos son musicales; además, no me grabo sólo los instantes en los que la música calla: mis silencios están rodeados de música, grabo las músicas enteras y las escucho pacientemente esperando que lleguen mis momentos favoritos. Si usted observara mi colección se daría cuenta de que no hay dos silencios iguales, pues todos ellos dependen de lo que ha pasado antes y de lo que sucederá después; es más, se puede comprobar con facilidad cómo la música que antecede y sucede al silencio está también en función de él, esto es, el silencio es el regulador, la válvula de escape que equilibra las tensiones de la música.

“Un continente en el cual se inserta un evento musical”, en palabras de Murray Schafer; “Entre los límites de la eternidad del silencio se despliega la música”, nos dice José Luis Téllez. En efecto, el silencio es el lugar donde se instala la música, si él no se da, no puede fructificar ella; como los grandes amantes, no pueden vivir el uno sin el otro: se escuchan, entregan, unen y cohabitan. Gracias a este vínculo, el silencio se convierte en estructura, forma, melodía y ritmo.

Sé que esta vocación de coleccionismo de silencio es compartida por otras personas, pero algunos guardan sus silencios en la intimidad, y otros, como es mi caso, aireamos nuestras colecciones –e intercambiamos silencios *repes*, como los cromos– con el interés de mover a la reflexión sobre este fenómeno. Desde aquí le invito a propagar esta idea.

Comparto plenamente con Ramón Barce la ordenación que hace en su estudio *Cuatro silencios de la Música*:

1. Un primer grupo de **cesuras, pausas, ausencias**, donde el silencio hace las funciones de signo de puntuación, de necesario descanso, de respiración entre frases –bien estén escritos o sobreentendidos–. De la misma forma que en toda escalera se colocan descansillos, en la música se sitúan silencios. El silencio completa las melodías, enfatiza y recalca el sentido de las formas, hace resonar lo que se produjo instantes antes y que es desplazado por lo nuevo. En la introducción del violín solo de la *Tzigane*, Ravel separa cada uno de los diseños que configuran la melodía con silencios siempre diferentes, con el afán de que a cada expresión sonora le corresponda su tiempo exacto de silencio.

La pausa tiende un puente entre pregunta y respuesta definiendo los límites de cada una. En algunas ocasiones, al estirar algunas de estas pausas se producen efectos sorpresa de

una gran eficacia. Por ejemplo: la que se encuentra en la última cadencia de *El Mesías* enfatiza aún más la llegada de la esperada resolución, es como una respuesta que tarda mucho en llegar. Otras se introducen en sitios insospechados, como la situada antes de la definitiva coda de la 5ª *Sinfonía* de Chaikovsky, que provoca siempre que se toca equívocos entre el público desconcertado, que aplaude creyendo que ha terminado la obra.

2. Los **silencios dramáticos** ocupan un extenso segundo grupo. Herederos directos del teatro y de los sistemas lógicos de la naturaleza, estos silencios son capaces de conducir, potenciar y vaciar el contenido dramático del discurso musical. En ellos se escucha todo lo que el compositor calla. Su expresividad está en función de su ubicación y duración, que a su vez depende del contexto general de la obra. “He descubierto con Bruckner una gran valoración del silencio... en el tercer movimiento, antes de empezar cada período, sientes la necesidad física de integrar el silencio en el gran contexto”, nos dice el director de orquesta Antoni Ros Marbá en unos comentarios sobre su debut con la *Sinfonía n° 8* de Bruckner. Ciertamente, en Bruckner se viven todas esas formas de silencio que los clásicos supieron instaurar y perfeccionar, y que Wagner sublimó en su *Tristán e Isolda*.

Pongamos dos ejemplos claros: el *Cuarteto op. 18 n° 1* de Beethoven (última obra que ha entrado en mi colección gracias a Polo Vallejo) tiene una gama tan amplia de silencios que parece un tratado: interrogantes en el primer movimiento, depresiones melancólicas en el segundo, rítmicos en el tercero... Schubert llega al “Everest” de la aflicción contenida en una serie de nueve vacíos en el final del desarrollo del tiempo lento de su *Quinteto de cuerda en Do mayor*; pocas veces he atisbado la profundidad del pensamiento de Schubert mejor que a través de estos pozos sin fondo donde se esconde lo inefable: preguntas y lamentos con el silencio como única respuesta.

La capacidad del silencio para amplificar las emociones es proverbial. Seguramente, los casos más claros se puedan observar en los momentos de gran tristeza, allí donde los largos silencios entre frases abren abismos de desolación. *Misereres*, *Oficios de tinieblas*, *Misas de Requiem*, etc... desde las melodías gregorianas a la música actual encontramos estos vehementes silencios. (Una cadena estremecedora de ellos se halla en el final del motete *Alma redemptoris mater* del gran Dufay, en el momento en el que el texto dice “sumens illud ave, peccatorum miserere”).

3. En el siguiente apartado, hacia **lo inaudible**, Barce nos habla del “anhelo de silencio” que toda música tiene, de aquellos límites del “pianissimo” donde el sonido deviene en murmullo. En estas músicas que parecen merodear los alrededores del silencio se zambulló Anton Webern. Fue una reacción brutal contra el chorro continuado y abrumador de sonido posromántico, Webern quitó lastre a las pesadas estructuras, prescindió de rellenos y satura-

ciones, agujereó la materia como un queso “Emmental”, y aligeró la trama hasta convertirla en un mar de silencio donde flotan ingravidas partículas de pequeños sonidos. Frente a la locuacidad incesante, propuso diálogos sin más respuesta que el silencio, situándose en un último límite cuyo horizonte lo marca el vacío. José Luis Temes, en su libro sobre este autor, reseña:

“Al escribir Webern una música tan extremadamente reconcentrada, necesita dar a cada giro, a cada intervalo, a cada gesto musical, la máxima importancia en el tiempo, y por ello necesita ‘enmarcar’ cada intervención en una especie de aura de silencio. De ahí la quietud que emana de su música, en la que este silencio cobra valor musical como acaso nunca antes lo había tenido”.

Boulez, por su parte, afirma que “Webern era un obseso de la pureza formal, pero con sus silencios ha llevado esta obsesión hasta un grado de tensión que la música ignoraba hasta entonces”.

Si comparamos dos partituras de Bruckner y Webern, apreciaremos a simple vista la ocupación que hacen del espacio las notas y los silencios del pentagrama: en Bruckner silencios verticales nacidos de entre espesa masa sonora, en Webern sonidos horizontales, como caídos al azar sobre el papel en blanco.

4. El último peldaño escalado por la humanidad en su relación con el silencio viene reflejado en el grupo **paz del silencio y música mundana**, del que ya he hablado en los primeros capítulos de este comentario.

Ante la alienante saturación sonora de nuestro espacio, omnipresente recordatorio de la estructura social en la que vivimos, se impone el silencio interior. Las personas que van leyendo concentradas en el tren, metro o autobús parecen encerradas en una burbuja de silencio que las separa del ruido exterior. “Sólo cuando hacemos el silencio dentro de nosotros podemos gozar de la música. Sólo cuando sentimos la música dentro de nosotros podemos escuchar el silencio”, oí decir al musicólogo Pepe Rey en un programa de radio. Sí, el silencio es la otra cara, el complemento que acecha por detrás de la música. Es el inspirador de *Bosques silenciosos* de Dvorak, *La ciudad silenciosa* de Aaron Copland, *En medio del silencio* de Praetorius, *La mirada del silencio* de Messiaen, *Música callada* de Mompou (nuestro compositor más callado) y de tantas y tantas obras musicales que ansían ser silencio.

Desde Webern y Cage es indudable la toma de posición que los compositores han tenido ante él. No es difícil encontrar en las músicas de las vanguardias y de sus hijos posteriores una decidida atracción hacia “la música callada, la soledad sonora” de San Juan de la Cruz. Títulos como *Silencio* del finlandés Aarre Merikanto, *Silence to be beaten* de Wolfgang Rihm, *Silencios Ondulados* de Félix Ibarrondo, *Incendio de silencio* de José Manuel Barea, *Breve introducción a la historia del silencio* de María Escribano, *Sobre el silencio del agua* de Emiliano del Cerro, *...et l'avare silence* de Mauricio Sotelo, *The silent scream* de Juan Pagán... hablan con claridad

de esta necesidad; hasta Keith Jarrett, pianista de jazz, famoso por sus improvisaciones interminables y nada silenciosas, nos sorprende con afirmaciones como "necesitamos el silencio".

IX

*"Callábamos y en nuestro silencio
otro silencio enmudecía:
un maravilloso silencio
que en el silencio se escondía"*
(J. Bergamín)

No es lo mismo el silencio armonioso y compartido por amantes o amigos, que el sospechoso entre desconocidos. Nuestra sociedad mediterránea se lleva muy mal con el silencio: si exceptuamos las situaciones que se producen habitualmente en los lugares públicos entre gente desconocida, cuando se está con alguien parece necesario estar hablando del tiempo, de política... de lo que sea, todo menos dejar que entre el silencio, pues provoca una cierta desagradable tirantez -"ha pasado un ángel", suele decirse como reparación a un silencio fortuito en una conversación-. Puede llegar a ser embarazoso en una reunión, mas no ante un paisaje.

Pocas cosas hay más impresionantes que ver pasar por estrechas y recogidas calles españolas a las *Cofradías del silencio*, con miles de personas, cada una con un gran cirio, desfilando pausadamente en un silencio sepulcral; o el silencio respetuoso que, antes de empezar un espectáculo, guarda en pie el público durante un minuto ante la muerte de una persona conocida. En estos casos también se comprueba que el valor numérico del silencio no es el de cero: las operaciones matemáticas que se puedan realizar con él incrementan o reducen su intensidad, nunca será igual un silencio solitario a mil silencios unidos, puede que el resultado físico sea el mismo, pero no su efecto psicológico.

En muchos espectáculos (teatro, cine, tenis, ajedrez, toros, circo...) el silencio del público es doblemente importante: para entender y dejar entender el mensaje y para no desconcentrar a los participantes. En los conciertos de música clásica hay que añadir todavía un factor más: la música requiere silencio para, a partir de él, edificar arquitecturas de sonido. Al final, cuando el sonido se haya consumido a sí mismo, después del remate que toda obra tiene en el mismo lugar de donde partió, una vez liberada su tensión en el último silencio, vendrá la ruptura, el silencio ruidoso de los aplausos ante la obra inefable.

Esa ruptura, ese retorno al sonido después de haber estado cierto tiempo en silencio tiene también su doblez: qué detestable puede resultar el pedante aplauso adelantado que profana el silencio religioso que circunda las últimas resonancias de la música; qué odiosa la tos estrepitosa

que se empotra en el más frágil silencio, convirtiendo en cenizas lo que el autor programó con esmero; y, sin embargo, qué sensación tan apasionante “la rompida del silencio” en las tamborras del Bajo Aragón. En unas ocasiones profanarlo es aberrante, en otras su razón de ser.

Detengámonos unos instantes a la hora punta en la plaza de uno de los pueblos donde se celebra esta ardorosa *rompida*. Cientos de tambores y bombos se reúnen sigilosos en la plaza del pueblo, nadie rechista, todo es calma y sosiego... los oídos se mecen en un ambiente delicado donde pequeñas resonancias entran en el silencio con la suavidad de un cuchillo en una cálida manteca... hay nerviosismo en espera a que el reloj marque las doce exactas... el momento se aproxima... por fin llega, y tras el eco de la última campanada, cae la tremenda descarga como una bomba, el suelo se mueve, los oídos aúllan, nuestras vísceras vibran. Todos los tambores y bombos han explotado a la vez en un rugido que supera con creces el terremoto de Jerusalén al que quieren emular con ese acto. El silencio ya no retornará hasta varias horas después, cuando nuestros oídos lo supliquen (como reflejaba el titular de un periódico que hacía un breve estudio sobre las molestias que tienen los músicos que ensayan a pleno pulmón en espacios diminutos, “cuando la música duele, se impone el silencio”).

Si quieren ustedes continuar su investigación sobre este ser misterioso e intangible les brindo cinco posibilidades bibliográficas: el volumen de Castilla del Pino, que bajo el título de *El silencio* reúne varios trabajos psiquiátricos y filosóficos de colegas suyos. Clarice Lispector, en su *Silencio*, nos muestra una extraña y reflexiva novela repleta de pensamientos silenciosos. En la reciente novela *La historia del silencio*, Pedro Zarraluki nos descubre la historia de la búsqueda de las infinitas posibilidades que nos brinda. El ensayista argentino Santiago Kovadloff publicó *El silencio primordial* acercándose en siete intentos a sus orillas invisibles. Desde otro ángulo, el cuento infantil *Alex y el silencio*, de N. Brun-Cosme, trata de un niño que le pierde el miedo y aprende a escucharlo.

Dejo para el final un silencio conmovedor que no conozco pero que he imaginado muchas veces: aquél que, en un cruel invierno, guardaron los asistentes al estreno del *Cuarteto para el fin de los tiempos* de Messiaen; un millar de franceses, polacos y belgas, prisioneros en Silesia en plena guerra mundial –y yo no puedo evitar cada vez que oigo esta música imaginarme entre ellos– escuchaban, con una inevitable carga de esperanza, las místicas y a veces silenciosas notas en aquel ambiente gélido y triste.

En cualquier caso, creo que, al igual que la música, explicar el silencio no es sino dar vueltas a una noria de pozo seco, su esencia es indefinible. Seguramente hubiera sido mejor callar la voz y dejar al silencio su espacio de elocuencia. Chuang Tzu pondrá punto final a esta reflexión con estas sabias palabras: “Todas estas cosas tienen una significación profunda, pero cuando intento explicarla se pierde en el silencio”. ■